

exterior en los conflictos entre Somalia, Etiopía y Kenia debe entenderse más como una utilización de los propios países del Cuerno de África de los recursos de ambos bloques, buscando intereses locales, que como una intervención meramente exógena y estratégica de Estados Unidos o la Unión Soviética.

Asimismo, el libro refleja cómo los diferentes gobiernos somalíes, tanto la República entre 1960-1969, como el régimen de Siad Barre hasta 1991, mantuvieron unas relaciones marcadas por la enemistad y el recelo hacia sus vecinos, especialmente hacia Etiopía, con quien tuvieron dos importantes conflictos bélicos. La razón principal, como apunta el Dr. Arconada, sería una herencia directa de la repartición colonial en diferentes territorios, que alimentó el posterior pansomalismo de los regímenes posteriores, tanto el republicano como el de Siad Barre.

En resumen, *Somalia y la Guerra Fría: Relaciones regionales en el Cuerno de África (1960-1991)* proporciona una perspectiva profunda y esclarecedora sobre un periodo crucial en la historia de Somalia. Definitivamente, la obra de Pablo Arconada Ledesma constituye una contribución valiosa no solo para académicos y estudiantes de historia, relaciones internacionales y estudios africanos, sino también para cualquier lector interesado en comprender las complejidades de las dinámicas geopolíticas en el Cuerno de África durante la Guerra Fría. Hoy en día, el Cuerno de África sigue constituyendo un destacado punto de discusión en el ámbito de la política africana, sin que parezca que se pueda lograr una solución definitiva a un conflicto que lleva sin resolverse más de tres décadas. En este contexto, la obra recientemente publicada por Pablo Arconada Ledesma se presenta como una contribución crucial. Este libro, sin duda, ocupará un lugar destacado dentro del conjunto de obras que nos ayudarán a desenredar la complicada madeja del conflicto somalí.

Francisco Jiménez Aguilar, *Masculinidades en vertical. Género, nación y trabajo en el primer franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2024, 326 pp.

Por Laura Cabezas Vega
(Universidad de Granada)

Un chico joven observa su reflejo en el espejo de una casa. Con gesto tímido, entre satisfecho e inquisitivo, parece preguntarse quién es ese

hombre que le devuelve la mirada. El Cristo crucificado colgado en la pared del fondo se superpone en la imagen y parece sugerirle su lugar en el mundo, aunque, quizás, no termina de responder a todas las dudas del joven. La fotografía que describimos, en blanco y negro y fechada a principios de los sesenta, sirve de portada al libro de Francisco Jiménez Aguilar “Masculinidades en vertical. Género, nación y trabajo en el primer franquismo” y refleja perfectamente su contenido. El texto, publicado por la editorial de la Universidad de Valencia, es una versión mejorada de la tesis doctoral defendida por su autor en 2021, cuyo contenido podríamos sintetizar mencionando la búsqueda de respuestas del chico de la foto.

Hace tiempo que los estudios de género vienen indagando acerca de la construcción de las identidades como un proceso social en el que convergen factores muy diversos, pero también como un campo de actuación del poder, en sus muy diversos ámbitos. El enorme avance de estos estudios en los últimos años ha permitido explorar hasta qué punto los discursos sobre el género “influyen en los cuerpos, sus prácticas, sus deseos, sus fantasías, sus identidades, en última instancia, en su ser”. Conceptos que hasta hace poco se consideraban inamovibles se han desnaturalizado y han empezado a ser entendidos como producto de relaciones de poder determinados por su contexto económico y social. Ello ha permitido cambiar la forma en que nos entendemos y relacionamos y ha posibilitado el avance del movimiento social más transformador de nuestra época, el feminismo. Tales cambios no pueden comprenderse en su totalidad sin partir de una visión global de la conformación histórica de las identidades de género, tanto femeninas como masculinas, y, sin embargo, todavía persiste la idea de que los estudios de género están exclusivamente relacionados con las mujeres. Hoy más que nunca, cuando esta cuestión ha alcanzado un desarrollo notable en la historiografía española, se hace necesario preguntarnos acerca de cómo se han construido históricamente las masculinidades. Este es precisamente el propósito del libro de Francisco Jiménez, que viene a ocupar un vacío historiográfico en los estudios del franquismo, donde, más allá de algunas contribuciones notables, este tema carecía de un estudio exhaustivo como el que aquí reseñamos.

El establecimiento de la dictadura franquista tras la guerra civil intensificó toda una serie de discursos conservadores que venían defendiendo la

diferencia estricta entre los géneros desde un siglo atrás. La Segunda República había traído consigo cambios sin precedentes en el camino de la emancipación femenina y la democratización social, por lo que la reacción contra este modelo supuso la imposición de una auténtica dictadura de género, un sistema vertical donde los hombres habrían de ocupar la cúspide de las relaciones sociales. El libro parte de la premisa de que, para saber cómo eran esos hombres de la España franquista, primero hay que conocer de qué modo debían serlo. Y para ello, el autor realiza un exhaustivo estudio de fuentes muy variadas, entre las que destaca el cine, la literatura y numerosos discursos de representantes del régimen, a partir de las que examina cómo las construcciones de género masculinas se reflejaron en las políticas oficiales, las relaciones laborales y la identidad nacional. En este sentido, una de las grandes aportaciones del libro es la superación de la tradicional imagen unívoca y monolítica de la masculinidad franquista. Frente a esta visión, se propone considerar la multiplicidad de formas y modelos que coexistieron, y de hecho, son estos modelos los que articulan la obra. Así, cada capítulo ofrece una ventana a diferentes facetas de la masculinidad franquista, desde los “cruzados y trabajadores” que encarnaban el ideal del hombre nuevo fascista, hasta los “modernos y aristócratas” del aperturismo, pasando por los “guardianes y austeros de la posguerra”. Detrás de todos estos adjetivos se presenta un original recorrido por la intensa relación entre género y política que entretejió el franquismo desde su misma llegada al poder. Una buena muestra de ello es la figura del “monje-soldado”, analizada en el primer capítulo, que pone de manifiesto el interés de los sublevados, en el contexto de la guerra civil, por conseguir de los hombres del frente “una disposición física emocional e ideológica que estuviera preparada para los desafíos del combate armado”.

Un elemento central en este análisis, que recorre los diversos ideales de la masculinidad franquista desde la inmediata posguerra hasta los años del aperturismo, es el trabajo, presentado como un nodo articulador de la nueva España. Para las culturas políticas que conformaban el régimen, desde el falangismo más aguerrido a los seguidores del catolicismo social, la masculinidad trabajadora se consolidó como el eje del proyecto político franquista. Y es que, como se explica en el segundo capítulo, la autarquía se sustentó en la mitificación de la capacidad de trabajo, de es-

fuerzo y de disciplina como características con sustanciales al auténtico hombre español. No podría analizarse esta interrelación de manera completa sin tener en cuenta otro vector, la clase social, que fue eliminada del discurso vertical y corporativista del franquismo y ocultada bajo la bandera del nacionalismo, pero que fue en realidad el auténtico sostén sobre el que se articuló un proyecto político profundamente jerárquico y vertical. A través de un minucioso análisis de discursos de muy diverso tipo, el libro desentraña cómo ambos elementos, género y clase, fueron estrechamente ligados en la cosmovisión impuesta por la dictadura. Ello no solo ocurrió en los años de la autarquía. El capítulo 3 avanza hacia los años 50 y el cambio de rumbo que el fin de la guerra mundial impuso en España. Mientras se mantenían sus valores supuestamente eternos, el estado franquista buscó asimilarse a las naciones que lo respaldaron en el contexto de la Guerra fría. Y ello se ve claramente en las características atribuidas al español ideal: en contraposición al valor previamente atribuido a la fuerza y la violencia, la capacidad de producir más y mejor se convirtió en el elemento distintivo que definiría la relación entre la masculinidad y el nacionalismo para la mayoría de los hombres. Los rasgos del trabajador se asemejarían a los tiempos de guerra, destacando su dimensión servicial y ascética, pero ahora desde un enfoque renovado en línea con el nuevo contexto económico. La figura del monje soldado fue reemplazada por otras representaciones, como la del productor o la del empresario, llevando al imaginario de las relaciones humanas nuevos conceptos procedentes de la organización empresarial y ligando las ideas de éxito individual y de progreso de la nación.

El tercer gran elemento conformador de la masculinidad nacional, después de la guerra y el trabajo, fue la familia. El último capítulo analiza cómo las relaciones de dominación de los hombres sobre las mujeres españolas se entrelazaron con la organización del ámbito laboral. La legislación actuó encerrando a las mujeres en el “mundo pequeño” del hogar, como contracara del hombre trabajador que habría de ocupar el ámbito público. Sin embargo, la realidad de la mayor parte de las familias trabajadoras fue bien distinta a la deseada por el ideal binario y dicotómico de la dictadura, que hubo de ir incorporando matices para contener las grietas del sistema. Así, la imagen de la mujer trabajadora se fue normalizando especialmente a partir de los años 50

y a su vez, la figura del hombre como padre dentro del ámbito doméstico se vio reforzada, eso sí, siempre desde un imaginario que lo vinculaba con el poder estatal dentro de la familia, entendida como célula de la sociedad.

La forma en que la normatividad impuesta se relaciona con las praxis sociales de la población real es un terreno complejo, pues estas no siempre van de la mano. Quizás el texto podría haber profundizado más en cómo los discursos fueron adoptados por la población en general. Sin embargo, dada la multiplicidad de dimensiones y la complejidad inherente al tema tratado, esto podría extenderse hasta convertirse en otro libro. La obra reseñada tiene ya el potencial de convertirse en un referente en el estudio de las masculinidades durante el franquismo. No solo porque ofrece un análisis detallado dentro de ese contexto particular, sino, principalmente, por su sólido aparato metodológico, que invita a reflexiones más amplias sobre las interacciones entre género, poder y política.

Martín Jiménez, Virginia (ed.), *El discurso de odio como arma política. Del pasado al presente*, Granada, Comares comunicación, 2023, 194 pp.

Por Jacobo Herrero Izquierdo
Universidad de Valladolid

El odio es natural en las personas. Un mal primitivo. No es un fenómeno reciente, sino algo tan antiguo como la propia humanidad. Se trata de una emoción que puede perdurar o desvanecerse rápidamente, como una visión en el aire. A veces, el odio se arraiga profundamente, moldeando nuestras percepciones. Tampoco es fácil gestionarlo, pues es un sentimiento intenso que llega a lo más profundo de nuestro ser. Todo lo que ignoramos o desconocemos puede provocarlo. En muchas ocasiones, son los prejuicios los que lo generan. Otras veces es lo que percibimos como una amenaza lo que lo despierta. Cuando el odio nos domina, es difícil pensar de forma armoniosa. Esa emoción desbordada es capaz de consumirnos y desequilibrar nuestra mente, llevándonos a actuar de maneras que no reflejan nuestra verdadera naturaleza. Nos vuelve reactivos, cegados por la ira y el rencor, incapaces de tomar decisiones claras o racionales. Nos aísla, alimenta nuestras inseguridades y nos distancia de los demás, intensificando el ciclo de resentimiento. Es fundamental aceptar que el odio es

parte de nosotros, pero no debe eclipsar la compasión, que también es inherente al ser humano.

Hoy, en un escenario marcado por la posverdad y la polarización, el odio ha alcanzado niveles sin precedentes. Las herramientas digitales, como las redes sociales, han amplificado su alcance, creando cámaras de eco donde la hostilidad se intensifica. Vemos personas predispuestas a la ira, desconfiadas, vulnerables, y carentes de empatía. Observamos cómo el resentimiento se acumula en las sociedades, generando consecuencias destructivas y peligrosas. Las calumnias, difamaciones e incluso la violencia han invadido los espacios públicos, afectando gravemente la salud de las civilizaciones democráticas. Paradójicamente, hemos llegado a un punto en el que el odio se enfrenta con más odio. Abordarlo y frenarlo debería ser prioritario, y sin embargo, lo alimentamos. Transformamos el odio en un arma, en un eficaz instrumento de humillación.

El discurso de odio como arma política. Del pasado al presente (2023) es, posiblemente, una de las obras más completas que reflexiona sobre ese fenómeno y sus diferentes formas de representación. Es un volumen nacido de la voluntad de dar respuesta a las causas y el origen de los discursos que se han articulado en torno a dicho sentimiento. A lo largo de la historia, estos discursos se han modificado y adaptado, pero las bases del odio como herramienta de manipulación persisten. Se trata de un trabajo reciente que nace de la investigación científica, pero con un claro afán divulgador, y que se ha escrito con el propósito de dar respuesta al interrogante sobre por qué existen los discursos de odio, con qué fin y qué impacto tiene su difusión. Los autores no solo investigan las causas subyacentes de este fenómeno, sino que también examinan las consecuencias sociales y políticas a largo plazo de su perpetuación.

El binomio odio/poder existente en la actualidad no es comprensible sin echar la vista al pasado. Es esta idea lo que ha guiado a los numerosos investigadores y académicos que participan en esta obra, cuya lectura facilita el conocimiento del presente. Ellos y ellas han sido los encargados de elaborar un texto sobre las estructuras que permiten y nutren la existencia del odio. Estructuras que han ido evolucionando con los años, pero que comparten similitudes, haciendo ejemplar ese aforismo tan cierto de que "la historia se repite". Las instituciones que permiten la existencia del odio son complejas, y su estudio